



A. ESCANCIANO

---

FLOR DE  
ESPINO  
POESÍAS

\*\*\*

CON UN PRÓLOGO

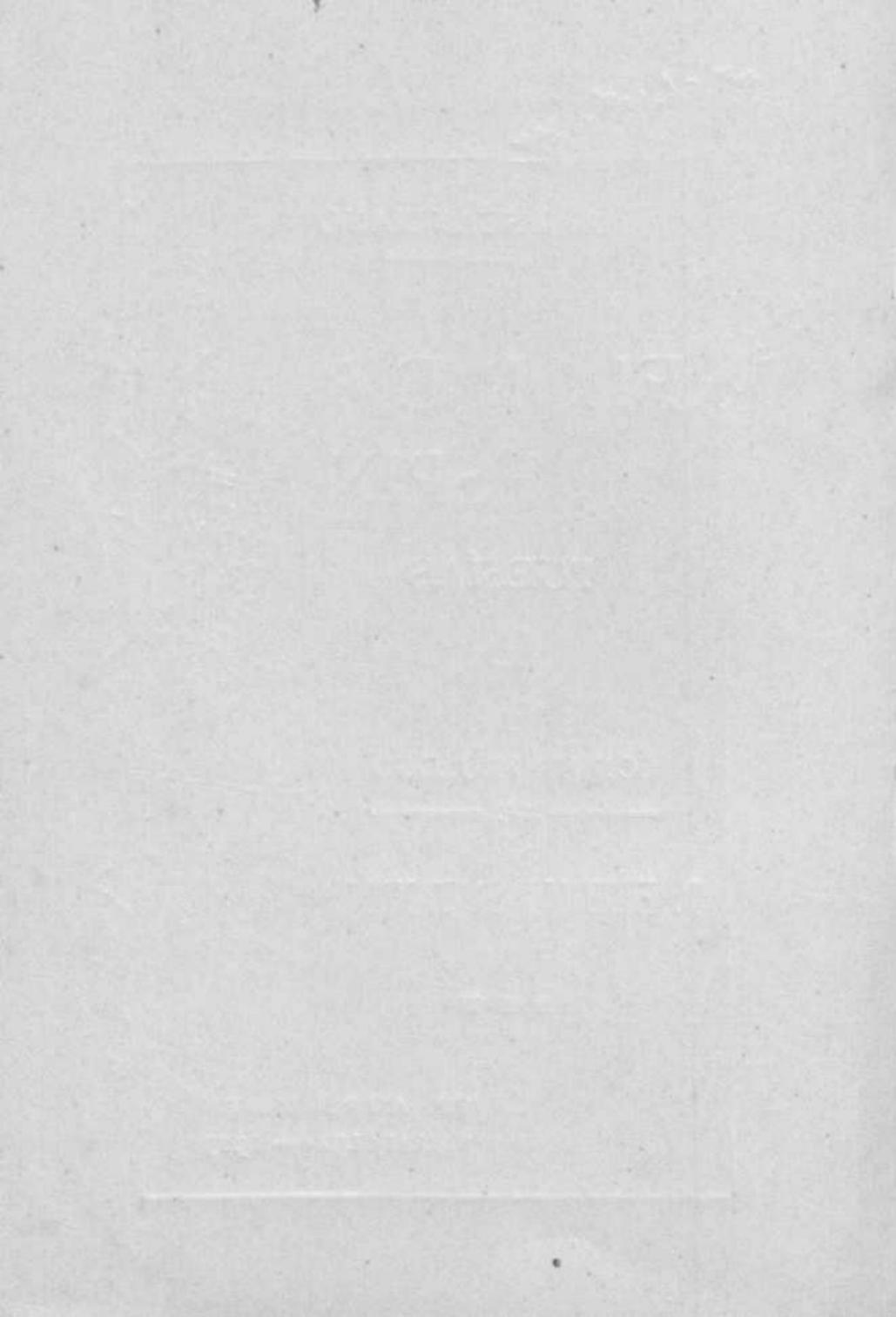
DE

D. FEDERICO SANTANDER

\*\*\*

TIP. ANDRÉS MARTÍN  
VALLADOLID — 1923





FLOR  
DE  
ESPINO

T. 171286 c. 1222261







A. ESCANCIANO

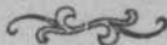
---

FLOR DE  
ESPINO  
POESÍAS

CON UN PRÓLOGO

— DE —

D. FEDERICO SANTANDER



TIP. ANDRÉS MARTÍN  
VALLADOLID — 1923



## PRÓLOGO

---

*No deja de ser extraño el que un poeta acuda en demanda de un prólogo al único entre todos los escritores españoles que no ha compuesto ni se cree capaz de componer jamás una sola estrofa. Ello indica en don Antonio Escanciano, como en otros poetas que me hicieron oficial de presentador y padrino, un exceso de bondad y de cariño al que no fuera discreto corresponder con una negativa.*

*Queda, pues, al aceptar el encargo, declarada mi absoluta incapacidad para la rima. Escribir versos es labor tan superior a mis facultades, como sostenerme en una bicicleta o dirigir un centenar de músicos con un palito de ébano; el poeta se presenta a mis ojos, al igual que el ciclista y el director de orquesta, dotado de un poder maravilloso y taumatúrgico. Por lo que un libro de versos es para mí algo misterioso y excelso, que me inspira cierto temor reverencial.*

*Este que el señor Escanciano publica con el título de FLOR DE ESPINO, tiene, entre otras cualidades esti-*

mables, un sabor de ingenuidad que le hace merecedor de muy efusivas simpatías. El señor Escanciano ha sabido ser sencillo. Y la sencillez,—doblemente digna de elogio porque es, mirando al ultramundo, una virtud, y mirando al mundo, una elegancia,—debe sublimarse al grado de lo extraordinario y de lo heroico en estos momentos de pedantería y barroquismo.

¿Ha sentido este poeta las tentaciones de la extravagancia y las ha resistido? ¿Se ha visto venturosamente libre de ellas, por mantener su espíritu en dulce y dichoso estado de inocencia, ignorante de los pecados contra la estética, de las perversidades del gusto que a tantos rimadores de hoy arrastran a la condenación? En el primer caso el autor de FLOR DE ESPINO, merece ser admirado por su fortaleza, en el segundo, envidiado por su suerte, y en ambos felicitado, porque sus versos se hallan a salvo de contaminaciones peligrosas.

De todas las influencias que hayan podido pesar sobre el señor Escanciano, la más visible es la del llorado Gabriel y Galán; la sombra prócer del inmortal poeta de El ama se proyecta sobre el volumen FLOR DE ESPINO, y muy señaladamente sobre aquellas composiciones que acusan mayor sentimiento y perfección. Así Yo quisiera tener una niña es una acertada glosa

de El Cristu benditu, y la historia de Basilio el «cbrero de los montes de León», bellamente concebida y más bellamente relatada, recuerda la de tantos montaraces, vaquerillos y zagales, como nos hizo conocer, y querer, el inmortal vate salmantino.

Demuestra con ello el señor Escanciano que sabe elegir sus modelos y ser fiel a ellos, con una fidelidad no frecuente en estos tiempos de rebeldía, en que todo novel quiere adquirir categoría de maestro con solo su obra primogénita, y en que aspiran a «romper moldes» los que por su edad debieran conformarse con romper cascarnes. Y agrega una nueva y rara virtud, humildad, a las muchas que se reflejan en su libro, espejo de un espíritu recto y bondadoso, enamorado de la belleza, sensible a los encantos de la creación y a los dolores de los hombres, y que prefiere expresar sinceramente sus emociones interiores a disfrazarlas bajo los artificios de la técnica o violentarlas y traicionarlas por lograr la originalidad.

¿No es todo esto más que suficiente para que el libro sea saludado con palabras de aliento, aplauso y parabién?

*Federico Santander*

Valladolid, Marzo de 1923.



## A MI LIBRO

¿Dónde vas, pobre errante y peregrino,  
Hijo de mi ilusión, flor delicada?  
¿No ves que es muy penosa la jornada,  
Y está lleno de espinas el camino?

Son muy tiernas tus alas todavía,  
Jilguerillo de amor de mis jardines,  
Y te saldrán al paso los malsines  
En medio de la vía.

Vas a emprender tu viaje  
Sólo, desprevenido;  
Si al menos tu plumaje  
Fuera alegre, vistoso, relumbrante,  
Te pudiera decir:—El caro nido,  
Es hora de dejar ¡sigue adelante!

Yo, que te di mi corazón entero  
Cuando en el seno del hogar dichoso

Conmigo estabas, hoy que presuroso  
 Te lanzas al sendero  
 De la vida, si al menos animoso  
 Te acariciara un viento lisonjero,  
 Que te abriera las puertas de la fama,  
 Te dejara volar con alegría;  
 Pero mi pecho con dolor exclama:  
 —¿Habrá un alma, que sienta de la mía  
 Al unisono?—Acaso  
 Encontrarás algunas a tu paso.  
 Mira, si las hallares,  
 Cántales tus cantares.

¡Feliz tú si lograras que tu acento  
 Suspendiera un momento  
 El dolor de las almas laceradas  
 Con el suave dulzor de tus tonadas!

Mas, no; que ya sospecho  
 Que vendrán dirigidas a tu pecho  
 Las saetas de crítica severa,  
 Y en negra sangre mancharán tus plumas,  
 ¡Que de su saña fiera  
 No podrás escaparte! No presumas  
 Ser tú más venturoso

Que otros, que con plumaje más pomposo  
Volaron por los campos de la gloria,  
En busca de coronas y laureles;  
Y, en vez de la victoria,  
¡Qué martirios crüeles  
Tuvieron que sufrir! ¡Cuántos ha habido  
Que emprendieron el vuelo vanidosos,  
Y han vuelto arrepentidos y llorosos  
De haber abandonado el dulce nido!  
Deja que otros cantores más egregios  
Modulen sus arpegios  
En las floridas góticas ventanas  
De damas cortesanas,  
O en los salones regios.

Con que los trinos de tu voz sencilla  
Rueden por las llanuras de Castilla  
¡Muéstrate satisfecho!  
Que bien pago serás si a la ventana  
Llegas de alguna hidalga castellana,  
Y logras en su pecho  
Despertar ilusiones amorosas.

Ve a posarte en sus manos delicadas  
Que tendrán el perfume de las rosas,

Y en las horas ociosas  
Cántale tus tonadas.

Dí que te ponga un lazo  
De cintas encarnadas,  
Símbolo del amor; y en su regazo  
Entreteje tu nido  
Con los hilillos de oro de un ensueño,  
Junto a su seno túrgido y florido.

Recítale las ansias de tu dueño,  
Y dile:—Lindo nardo,  
Envidia de las flores,  
¡No te olvides que un pobre y triste bardo,  
Va por el mundo mendigando amores!

## FLOR DE ESPINO

Soy pájaro peregrino  
sobre la flor de un espino,  
que canto en mi soledad,  
a la orilla del camino,  
mi amor y mi libertad.

Miro con loca ilusión  
deslizar las cosas bellas  
que dan alma a mi canción;  
más ¡ay! me llevan con ellas  
pedazos del corazón;

que, aquí, posado en mi rama  
con sus flores olorosas,  
mezclo del amor la llama  
que mi corazón inflama  
con el amor de las cosas;

la selva, el prado, la fuente,

linfas, auras, vientos, mar,  
del sol el disco fulgente,  
el cielo azul, transparente,  
de la luna el rielar,

el cordero balador,  
el dulce hogar y la esposa,  
la alegría y el dolor,  
el niño y la mariposa:  
¡todo lo abarca mi amor!

Que hay en mi pecho una lira  
con fibras del corazón,  
que dulcemente suspira,  
o en sus ensueños delira  
bajo fogosa pasión.

Y en tanto, por mi destino  
lanzado a la soledad,  
canto a orillas del camino,  
sobre la flor del espino,  
mi amor y mi libertad.

## ASPIRACIONES

Quis mihi dabit pennas?

¡Quién me diera del águila las alas,  
de este cuerpo mortal romper la esfera,  
y en suave y raudo vuelo  
desprenderme del lodo de la tierra,  
llegar a las regiones de las nubes,  
sentarme en la más bella,  
en aquella que el sol poniente dora  
de nácar y de perla;  
ver girar a mis plantas este mundo  
de falacia y miseria,  
do se afanan los miseros mortales  
por un soplo de gloria pasagera!

Yo quisiera llegar hasta la luna,  
bañarme en su luz bella,  
y en la celeste bóveda sentado  
ver rodar las estrellas;  
sorprender los encantos de la aurora,

dónde encierra sus galas primavera,  
y ver el sol del mar entre las ondas  
surgir con luz espléndida.

¡Oh puro y vago cielo,  
mansión de los espíritus que sueñan,  
que cruzando las sendas de la vida  
no posan en la tierra;  
inmenso mar, en cuyas ondas de oro  
se bañan los poetas;  
pura región de luz, do Amor anida,  
donde virtud impera,  
do no empañan el alma los vapores  
ni el polvo de la tierra;  
do no llegan el Dolo y la Mentira,  
donde Verdad es reina!

¡Feliz el que en las alas del deseo  
traspasa la alta esfera  
dejando atrás las nubes nacaradas,  
la luna y su luz bella,  
ve rodar a sus plantas los luceros  
y a las mansiones llega  
donde el alma, de luz y amor bañada,  
en la región del cielo sola sueña!

## MI MUSA

Siento anhelos mortales de gloria,  
siento un ansia mortal de gozar,  
de luz y de vida,  
de amor y de paz,  
que mi alma sedienta se abrasa  
y no puede su sed mitigar.

Busco rosas y flores y aromas  
¡me quiero embriagar!  
y recorro la vida jadeante  
y me muero en deseos de hallar  
una musa, que inspire mis versos,  
y que haga vibrar  
de mi lira las cuerdas sonoras...

¡que me haga cantar!...  
¡que a mi alma sedienta de amores  
devuelva la paz!  
¡que mi pecho en latidos ardientes  
haga palpitar!

Miro al sol ¡y quisiera en sus rayos

mi alma abrasar!  
miro al águila rauda en los aires...  
¡y quiero volar!...  
miro al río, que en loca carrera  
se lanza a la mar,  
¡y quisiera seguirle en su curso  
a un abismo de eterno gozar!  
Voy al bosque, y conjuro a la alondra  
me enseñe a cantar,  
y a la luna, en sus pálidos rayos  
mi frente bañar,  
y conjuro a las selvas y fuentes  
y al aire y al mar  
¡yo su dulce y secreta armonía  
quiero arrebatarse!...  
¡quiero música, luz y colores! ,  
¡quiero amar y gozar y cantar!  
¡quiero ansioso, y suspiro y me muero  
del ansia mortal  
de saciar mis anhelos de gloria,  
de amor y de paz!  
Pero el águila, el sol, ni la luna,  
ni el bosque, ni el mar  
no me inspiran, que tú eres mi musa,  
mujer sin igual;

tú eres sol, que en divinos fulgores  
me viene a bañar;  
eres fuente de goces sinceros,  
eres luz, eres flor, eres mar.

¡Vente, pues, ven a mí, musa mía  
ven, ven a saciar  
esta sed que me abrasa, este anhelo  
de querer, de sentir, de gozar,  
de mis ansias mortales de amores...  
porque solo nací para amar!...



:-: YO QUISIERA :-:  
TENER UNA NIÑA

I

¡Yo quisiera tener una niña  
de rubios cabellos,  
que ya balbuciera  
con sus labios tiernos  
el nombre de padre,  
que me diera besos,  
que jugara sentada en mis piernas,  
que en sus ojos negros  
reflejen los míos  
mirándose en ellos;  
que no me cansara  
contemplando su cara de cielo,  
su boca chiquita,  
sus labios bermejos,  
sus carrillos de ángel,  
su rizado pelo,

su límpida frente  
cual lago sereno,  
cuya faz aun no cruzan ni arrugan  
maléficos vientos:  
pensares sombríos,  
dolores acerbos..!

Yo quisiera tener una niña,  
que, cuando hace bueno,  
en el Campo Grande  
saltando y corriendo,  
pareciera una rosa de Mayo,  
que en cándidos juegos  
alegre amenice  
sus largos paseos...

¡Yo quisiera tener una niña..!  
cuando fuera viejo  
y ella fuera una joven lozana,  
conservara fresco  
el perfume sagrado de rosa,  
que exhala su seno;  
que viera en su frente  
brillar el reflejo  
de la paz de un alma

que tiene en el cielo  
la mirada fija,  
fijo el pensamiento;  
que fuera inocente  
cual niño de pecho;  
que en silencio en su alma leyera  
sus amores tiernos;  
sus castos pensares  
salieran bullendo  
moviendo sūaves  
sus labios bermejos,  
que mi frente rozando tranquilos  
me dieran un beso,  
y en el beso el alma:  
como besa el céfiro  
los rojos claveles  
que engalanan ufanos mi huerto;  
que hasta mis mejillas  
llegara su aliento,  
como el ala del angel custodio  
que vela mi sueño,  
rozándome suave  
sentado en mi lecho;  
que fuera mi todo,  
que fuera mi centro

donde mi corazón derramara  
todos sus afectos,  
como en vaso de oro  
bajado del cielo...

Yo quisiera tener una hija  
de rubios cabellos  
y boca chiquita  
y labios bermejos,  
que cuando me tienda  
la muerte en el lecho,  
me cierre los ojos  
con cálidos besos,  
y toda su alma  
con ellos vertiendo,  
sea el angel custodio, que vele  
mis sueños eternos...  
¡que pudiera después de su muerte...  
besarla en el cielo..!

II

Mas... no se oyen los trinos alegres  
de mis ilusiones soñando ternezas,  
que cantaban allá en otros tiempos  
de mi alma en la fresca alameda.

Ya no canto frondosos jardines,  
ya no entono fontanas risueñas,

ni campos floridos,

ni verdes praderas,

ni canoras aves,

ni plácidas selvas;

han perdido sus gracias las flores,  
su perfume la humilde violeta,  
que es la vida monótona y triste,

no viendo a mi vera

una flor, que exhale

fragancia y ternezas,

que fuera el retrato

de mi dulce y gentil compañera.

La gracia más pura,

la flor más amena

que engalana el jardín de la vida

y es su dulce y más grata belleza,  
es un parvulito  
cual capullo de rosa aun no abierta.

Nada agrada tanto,  
ni tanto embelesa  
como ver cuando el niño se lanza  
buscando la teta,  
que enarca los labios  
que gime, que brega  
y le da golpecitos süaves  
con su mano de nácar y cera;  
o bien que reclina  
su rubia cabeza  
en el cálido y blando regazo  
de su madre tierna.

¡Déjale que mame..!  
¡Déjale que duerma..!  
¡Mira cómo ríe..!  
¡Parece que juega  
con los angelitos..!  
Mas, no... ¡mi alma sueña!  
¡yo no tengo niños,  
y se encuentra sin flores mi huerta!

Cuando por la noche,  
al rodar de las horas serenas,  
se transporta el alma  
a regiones de luz y de estrellas,  
parece que grita  
con todas sus fuerzas:  
¡Dios mío! ¡Dios mío!  
¡que venga! ¡que venga  
una flor a lo menos, un ángel,  
a llenar de perfumes mi huerta..!

Y entonces mi alma  
sentiráse de nuevo poeta,  
que cante las flores,  
los prados, las selvas  
y reviva de mis ilusiones  
la fresca alameda.



## EL NIÑO

Es el jardín de la infancia  
plantel de rosas y flores,  
que alegra con sus colores  
y embriaga con su fragancia  
el hogar y sus amores.

Es el niño un aura pura,  
en cuyas alas ligeras  
va volando la frescura  
que nos templó la amargura  
en las edades postreras.

Es el niño blanca aurora  
que abre su frente a la vida,  
esperanza halagadora  
de una época soñadora  
que ya lloramos perdida.

Es el niño franca risa

en cuyos labios rosados  
blandamente se divisa  
el mecerse de la brisa  
en las flores de los prados.

Blanca es el alma del niño,  
pura su frente infantil  
como las auras de abril,  
como la piel del armiño,  
como el lirio del pensil,

como florida colina  
de claro arroyo vecina,  
como risueña mañana,  
como el agua cristalina  
de juguetona fontana.

Es el niño luz fulgente  
que desde el cielo ha bajado,  
es un ángel desterrado,  
que no lleva en su alba frente  
ni la sombra de pecado.

¡Ay de aquel que pretendiera  
mitigar la llama pura,

que en su frente reverbera,  
y macular la blancura  
de tan fresca primavera!

¡Guay del misero, que un día  
venga a enturbiar la alegría  
de los reyes del hogar!...  
¡mucho mejor le valdría  
lanzarse al fondo del mar!...

¿Véis ese gran general,  
que en alas de un ideal  
hacia la conquista vuela,  
y vuelve en carro triunfal?  
Pues fué niño de la escuela.

Y aquel insigne orador,  
y ese celoso pastor  
que su grey constante vela,  
y ese sublime escritor  
fueron niños de la escuela...

Vos, que tenéis la misión  
de cultivar el clavel  
de su hermoso corazón

ved de conservar en él  
de la fe el precioso don;

que si sabéis dirigir  
estos tiernos arbolitos  
que ahora se empiezan a abrir,  
un día han de producir  
frutos sanos y benditos.

A ellos la patria adorada  
deberá, y la religión,  
el verse regenerada  
y con los frutos ornada  
de su hermoso corazón.....

¡Niños! que formáis un coro  
de pájaros juguetones,  
aumentad vuestro tesoro,  
y llenad los vasos de oro,  
que son vuestros corazones.

Y, si al salir de la escuela  
alza el mal sus barricadas,  
dirigid vuestras miradas,  
como el águila que vuela,  
hacia las nubes doradas:

Según dicta la experiencia  
estriba toda la ciencia  
de vivir en este suelo  
con la mano... ¡en la conciencia!  
y la mirada... ¡en el cielo!...



## LA CAMPANA

Amanece. Apacible  
y alegre la mañana.  
Vibrante una campana  
entona su cantar.

Vistosa comitiva  
acude a su sonido  
con un recién nacido:  
¡le van a bautizar!

El día está radiante  
de luz y de colores;  
resuena en los alcores  
el recio repicar.

Vistosa comitiva  
a un joven acompaña;  
el gozo de su alma baña:  
¡se acaba de casar!

Tarde gris. La campana

difunde por los vientos  
sus lúgubres acentos  
en triste repicar.

Llorosa comitiva  
sale del camposanto  
presa de amargo llanto:  
¡le acaban de enterrar!

Campana, suspendida  
entre el cielo y la tierra  
¡qué misterios encierra  
tu lengua de metal,  
que un himno de alegrías  
me entonas al nacer,  
y luego al fallecer  
un canto funeral!

BASILIO



## BASILIO

### I

Era Basilio un cabrero  
de los montes de León,  
robusto mozo, soltero,  
y aunque montaraz, sincero  
y de mucho corazón.

Abajo en el hondo valle  
se tropezó una mañana  
con una gentil serrana,  
morena, de esbelto talle,  
risueña, fresca y lozana.

Ella siguió sin parar  
mirándole de soslayo;  
pero él sintió penetrar  
del amor el primer rayo  
que el alma vino a inflamar.

Y se volvió a su majada  
cambiado en un nuevo ser  
con el alma iluminada,  
más risueño que alborada  
cuando empieza a amanecer...

¡Qué delicioso está el día!  
¡qué puro y grato el ambiente!  
y en el bosque ¡qué armonía!  
¡qué rumor tiene la fuente!  
y el corazón ¡qué alegría!

¡Qué visión halagadora  
para un alma soñadora,  
si la gentil aldeana  
una dichosa mañana  
llegara a ser su pastora!

¡Qué radiante estaba el mozo  
en su querida majada!  
no era un alma abandonada  
¡le acompañaba en su chozo  
una imagen adorada!

Hasta el bravo Carbonel,

mastín de zarpa de acero,  
se sentaba zalamero  
cuando al son de su rabel  
rompió a cantar el cabrero.

Y dicen que no durmió  
aquella noche como antes;  
algo sí se entreveló,  
y en sus ensueños soñó...  
¡lo que sueñan los amantes..!

Bien ignoraba Basilio  
que en cuestiones amorosas,  
si hay dos almas ardorosas,  
se empieza por un idilio...  
después... ¡pasan muchas cosas..!

El no perdía ocasión  
de bajar hasta la aldea  
fuera con o sin razón,  
que si manda el corazón,  
sólo hace lo que el desea.

Cada vez que la veía  
el alma se le alborozaba;

mas ella nada decia,  
porque es esquivia y bravía  
como un rebeco la moza.

Ella lo ha notado ya,  
y aunque la cara no da,  
que ella sabe que es muy bella,  
sabe que el cabrero está  
loco perdido por ella.

Más esa esquiviez ignota  
a Basilio no le arredra...  
¡la fuentecilla, que brota  
junto al chozo, gota a gota  
va socavando la piedra!

Y ya murmura la gente  
que la traviesa aldeana  
se marcha cada mañana,  
con el cántaro, a una fuente,  
que está bastante lejana.

Y hay quien la madeja enreda  
diciendo: ¿qué pasará?  
que está usada la vereda

F L O R D E E S P I N O

que va al valle, donde está  
la fuente de la Alameda.

Y hasta dicen que el cabrero  
todas las mañanas baja,  
y que en el chopo primero  
escribió con la navaja  
este amoroso letrero:

II

¡Serranica, serranica!  
la de las crenchas rizadas,  
la de labios de cereza  
y mejillas de manzana,  
la de los ojos de mora,  
la de las negras pestañas,  
la del cuello alabastrino,  
la de la nivea garganta,  
la de los brazos torneados,  
la de las manos de nácar,  
la de los redondos senos,  
la de cintura de palma,  
la que bajas a la fuente  
por un cantarico de agua,  
¡serrana..! ¡yo tengo celos,  
del sol que besa tu cara!

Dame tu cántaro lleno,  
dame de beber serrana;  
mira que estoy abrasado,  
que tengo sedienta el alma

y el corazón derretido  
con los rayos de tu cara...

¡Serranica, serranica,  
la de las negras pestañas!  
por un rizo de tu frente  
diera yo la mejor cabra  
de las que tronchan las flores  
del citiso en mi majada...

¡Serranica de ojos negros!  
ven conmigo a la montaña,  
que yo seré tu serrano  
y tú serás mi serrana,  
y haremos juntos el queso,  
y ordeñaremos las cabras,  
y dormiremos la siesta  
a la sombra de las hayas,  
y por la noche en mi chozo  
te haré una mullida cama  
con las pieles de rebecos,  
que yo cazo en la montaña,  
y tocando mi rabel  
te cantaré mis tonadas,  
y los jilgueros y alondras  
te cantarán la alborada...

¡Serranica..! ¡qué no diera  
por esas crenchas rizadas,  
por esos ojos de mora,  
por esas negras pestañas!  
Diérate toda mi vida,  
diérate toda mi alma  
¡por la dicha incomparable  
de llamarte mi serrana..!

III

¡Cuántas veces asoma la aurora  
nacarina y bella  
derramando flores  
por toda la tierra,  
y luego una nube  
parda, cenicienta,  
va cubriendo el cielo,  
y fulgura y truena,  
y en noche sombría  
transformó la mañana risueña,  
y ruge en los aires,  
y gime en la selva  
el violento huracán, que descuaja  
las encinas, y crujen las piedras,  
y cubre el granizo  
llanuras y sierras,  
y tala los bosques,  
y arrasa cosechas,  
y mata esperanzas,  
y siembra miserias!

Y ¡cuántas y cuántas  
sale una cordera  
dejando el rebaño,  
y en una revuelta  
ve brillar los ojos  
del lobo que acecha,  
y oye que a lo lejos  
balan las ovejas  
y quisiera volverse al rebaño...  
y... ¡ay..! rabiosa se lanza la fiera,  
que, de cuatro saltos,  
en ella hace presa,  
y en los matorrales  
se esconde a comerla..!  
¡Cuántas alegrías!  
después... ¡cuántas penas..!

Ya sabe Basilio  
que en la misma aldea  
Manolón vivía,  
hombre de alma negra,  
que al ver que al reclamo  
acude Marcela,  
a quien él persigue  
con amor de hiena,

un infausto día  
de horrible tormenta  
cayó como el lobo  
sobre su cordera,  
y con mano infame  
el cuello le siega,  
dejando un reguero  
de sangre en la hierba...

Y... llegó hasta el chozo  
la terrible nueva,  
y del tosco rabel, que colgaba  
de una rama, saltaron las cuerdas,  
y dejaron las cabras el rumio,  
¡y Basilio perdió la conciencia!

Y loco del todo  
va de peña en peña  
y de cerro en cerro  
como ánima en pena;  
y en lo alto del pico  
de la Peña Negra  
sentado y llorando,  
ve abajo la aldea;  
y tras una pausa,

como quien recuerda  
días más felices,  
horas más serenas,  
va corriendo al chozo,  
coge la escopeta  
y baja hasta el pueblo  
en loca carrera,  
la zamarra rota,  
suelta la melena;  
y... dice la fama  
que en la noche aquella  
orilla a la fuente,  
que hay en la Alameda,  
hallaron dos cuerpos  
tendidos en tierra:  
uno... ¡de un balazol  
el otro... ¡de pena..!

## LA TIERRUCA

Montañas de mi montaña,  
verdes orillas del Cea  
que bebe de vuestro seno  
su corriente clara y fresca;  
hondos valles, que frondosos  
hayas y robles sombrean;  
fontanas, que juguetonas  
borbotáis de entre las peñas  
y de cascada en cascada  
bajáis corriendo a la vega;  
colinas, tajos, llanuras,  
peñascos, en cuyas crestas  
cuelga el águila su nido  
de zarzales y malezas:  
os recuerdo con nostalgia  
desde esta llanura inmensa  
de uvas y espigas doradas  
que el viento mece y orea.

Si baja el céfiro blando  
de la fresca primavera  
me imagino que besó  
la nieve de vuestras crestas  
y me trae en sus tiernas alas  
el polen de tus violetas.

Y si el ardoroso estio  
con sus canículas llega,  
me acuerdo de la frescura  
de tus tupidas florestas,  
y el correr de tus fontanas  
y el verdor de tus praderas.  
Y al ver que avanza impotente  
la nube preñada y negra  
le digo: ¡Preñada nube,  
negra nube, ruge y truena,  
sé portavoz de mis ansias,  
que te oigan desde mi tierra...  
mas... esconde tus granizos,  
que son tus garras de fiera  
con que devastas los bosques  
y las campiñas asuelas!...

Y cuando viene el otoño

embozado en densa niebla,  
se dice el alma a sí misma:  
Ahora estarán en mi tierra  
recogiendo por los montes  
las carretadas de leña  
que en las noches invernales  
caliente a las hilanderas,  
que en albarcas se dirigen  
con la mazorca y la rueca  
a casa del señor cura,  
del tío Juan, de la tía Pepa,  
o de algún otro vecino  
cuya cocina se presta  
para pasar la velada  
moviendo el huso y la lengua...

¡Tierruca de mi tierruca!  
para cantar tus grandezas  
hace falta un estro de oro,  
o tener el alma griega!  
Pero mi naciente musa  
tiene las alas tan tiernas  
que no pudiendo cantarte,  
de su amor te hace la ofrenda.



## MARUJA

¿Te acuerdas, Maruja?  
fué en la romería...  
¡ibas tú tan maja  
que dabas envidia!

Allí vi a Perico  
el de la tía Quica  
que, ronda rondando,  
sin quitar la vista  
de tu faz graciosa  
pasó todo el día.

Y yo con cautela,  
sin perder la pista  
de mi dulce prenda,  
la que era mi vida;  
fui a pedir devoto  
a la Virgencita  
que no me robaran  
a mi palomica...

Luego, por la tarde  
¿te acuerdas, María?  
orilla a la fuente  
y al pie de la encina  
—¿Prometes amarme  
por toda la vida?  
Te dije; y la sangre  
tiñó tus mejillas.  
—¡Seré siempre tuya!  
¡oh inefable dicha!  
Parecióme entonces  
que en las lejanías  
repetía el eco:  
¡Serás siempre mía!

## A UNA OLA

Ola gentil, que al rodar  
tu frente de espuma llena  
vienes a besar la arena,  
que sirve de freno al mar;

eres la suave sonrisa  
que del mar en el regazo  
engendró en un dulce abrazo  
una mañana la brisa;

eres místico suspiro  
de alguna ninfa llorosa,  
que desolada reposa  
en cristalino retiro;

eres orgullo, si ensaya  
erguirse tu frente henchida  
¡y una esperanza perdida  
cuando mueres en la playa!

Eres grata melodía  
cuando en cataratas de oro  
te arrastra el viento sonoro  
bañada en la luz del día.

Mas si la tormenta estalla,  
rugiente subes y subes,  
y bajas, desde las nubes,  
a saltar tu eterna valla.

Y en torno giras y giras,  
rabiosa espuma escupiendo,  
y, tras un poco de estruendo,  
derrotada te retiras.

Y cogiendo nuevo brío  
te revuelves, te encabritas,  
y ronca te precipitas  
al par de un toro bravío.

Y llegas hasta las rocas  
sacudiendo tu melena,  
pero... ¡un granito de arena  
deshace tus ansias locas!

F L O R D E E S P I N O

Y rendida, te serenas  
viendo tu empuje deshecho,  
y vas a buscar un lecho  
entre las blandas arenas.



- TABLA DE -  
SALVACIÓN

¿No habéis visto al marinero,  
que cruzando el mar bravío,  
ve empujado su navío  
de aquilón rugiente y fiero  
contra un escollo con brío;

se hace pedazos la quilla  
y cruje rota la antena,  
y, en vez de la ansiada orilla,  
ve de la mar el arena  
al relámpago que brilla,

y en medio del ronco estruendo  
de la tempestad sonora,  
sintiendo su última hora,  
se agarra, la muerte viendo,  
de una tabla salvadora?

¡Jóvenes, que me escucháis  
de almas nobles e inflamadas,  
vos, que en este mar entráis  
y, las velas desplegadas,  
a la vida os lanzáis!

¿Dónde irán vuestros esquifes  
de liviana juventud,  
si no encontráis la virtud  
de salvar los arrecifes  
hasta el puerto de salud?

¡Pobres barquillas errantes  
que entráis al mar de la vida,  
sin más lastre a la partida  
que la fe de caminantes  
por una ruta escondida!

Que es el mar de las pasiones  
ponto cruel, donde naufragan  
los incautos corazones,  
que las olas y aquilones  
en negro festín se tragan.

Vosotros, cuya ventura

fué nacer de esta Castilla  
en la espigada llanura,  
y beber el agua pura  
de su fe ardiente y sencilla;

Vosotros, los herederos  
de la inmaculada historia  
de hijosdalgos, caballeros,  
santos e invictos guerreros,  
que nos llenaron de gloria:

Venid, venid presurosos,  
ved que arrecia el vendaval,  
si no queréis ver ansiosos  
los abismos horrorosos  
del cataclismo social.

Que ya zumba el aquilón,  
y el trueno ruge imponente,  
y en el obscuro poniente  
se ve avanzar un ciclón  
de furia siempre creciente.

Lívido el rayo fulgura,  
y la tempestad sonora

cubre el cielo en noche obscura.  
¡Ay del que no se procura  
una tabla salvadora!

Venid, aquí la tenéis...  
es la fe... no vaciléis;  
si esta luz constante brilla  
en vuestra débil barquilla  
hasta el puerto llegaréis.

¡Oh fe, del cielo emanada,  
oh refulgente lucero,  
que iluminas al obrero  
y le enseñas la jornada  
hasta el puerto verdadero!

¡Baña con tus resplandores  
el alma de estos viajeros,  
que van, pobres marineros  
por este mar de dolores,  
a los celestes oteros!

:-: QUEJAS :-:

DE LA LIRA

En una grata soledad sumido  
Disfrutaba el silencio y el reposo,  
Sin fijeza en la mente, distraído,  
Cuando llegó a mi oído  
Un tierno acento débil, quejumbroso.  
—¡Es raro!—¿Qué habrá sido?

A la pálida luz de la bombilla  
Inconsciente volví la vista a un lado,  
Y divisé un objeto arrinconado,  
Ya casi carcomido de polilla.

Era mi lira, dulce compañera,  
Que allá en mi edad primera  
Me acompañaba siempre en mi camino,  
Y con voz lastimera  
Me dijo:—¡Bardo errante y peregrino!

¿Tal vez no te fué grata la armonía  
De mis cuerdas sonoras?  
¿Por qué pasas del día  
Las fugitivas horas  
Sin hacerme vibrar? Hay en mi acento  
La amargura infinita del lamento  
Y la radiante luz de la alegría,  
El quejido del viento,  
El rumor vago de la selva umbría,  
El perfumado aroma de las flores,  
El sonoro clarín de la victoria,  
El triunfo inmarcesible de la gloria  
Y la dulce embriaguez de los amores.

Es flexible la voz de mi garganta,  
Suave, risueña, triste, halagadora,  
Que, si sabe cantar con el que canta,  
También sabe llorar con el que llora.

¿Por qué caminas solo y me abandonas?  
¡Aun te esperan laureles y coronas.  
Di ¿por qué te detienes?  
Tal vez la gloria ceñirá tus sienes  
Con diadema inmortal. Yo te lo pido  
¡Sácame del olvido!

Que, aunque el desierto y árido sendero  
Cubierto esté de espinas,  
Será el peregrinar más llevadero  
Si con luces del alma lo iluminas».

Así dijo mi lira. Repentino  
Me agitó un movimiento tan profundo  
En el fondo del alma, que al segundo,  
Con esmerado tino,  
Templé sus cuerdas y lancéme al mundo,  
Por donde voy errante y peregrino  
Sembrando de cantares mi camino.



## AZUCENA

### I

Más hermosa que en mayo la aurora,  
más pura que el cielo  
con su manto de azul desplegado  
de estrellas cubierto,  
mucho más risueña  
que el manso arroyuelo,  
cual hilo de plata,  
que baja corriendo  
sobre el verde césped  
que viste mi huerto;  
pues mucho más era  
una niña de allá de mi pueblo  
de ojazos azules  
y rubios cabellos.

### II

¡Miradla qué linda!  
¡miradla qué bella

cuando agita suave  
la brisa sus trenzas!  
Su edad, siete abriles;  
su nombre, Azucena.

En las frescas mañanas de mayo  
todo su afán era  
bajar hasta el valle  
llegar a la selva,  
hacer ramilletes  
de humildes violetas,  
de flores y rosas  
que hay en la pradera,  
y el alma inundada  
de divina, inefable terneza,  
llegar a la ermita  
que hay en la ladera  
y a los pies posarlos  
de la Virgen bella.

¡Qué perfume exhalaban las flores,  
y qué hermosas eran  
en el místico aroma bañadas  
de tanta inocencia!  
y durante las horas del día,  
oraciones tiernas  
que llevaban al cielo el perfume

de su alma serena;  
y al llegar la tarde  
se inclinaban marchitas a tierra,  
que hallaba la aurora  
reemplazadas por otras más frescas.

III

Pero el mes de mayo  
pasó en raudo vuelo,  
y el último día  
estaba cubierto  
el altar de la ermita olvidada,  
la grada y el suelo,  
de flores marchitas,  
que fueron cayendo...  
¿Dónde está Azucena,  
el capullo tierno,  
que no trae a los pies de la Virgen  
ramilletes frescos?...

Cual rosa fragante  
extendió sus marchitos cabellos  
sobre su alba frente  
como altar de un templo...  
plegó su cabeza

en un dulce sueño,  
y su alma inocente,  
cual sube el incienso,  
a la Virgen pura  
se fué a ver al cielo  
¡a ofrecerle las rosas fragantes  
de su puro seno!...

## CANCIÓN DEL DESTERRADO

De este lejano arroyo  
sentado en la ribera  
¡gloriosa Patria mía!  
su corriente mis lágrimas aumentan.

¡Qué importa que su sombra  
me brinden las palmeras  
y el sabroso fruto  
que de sus ramos cuelga!

Más gratas son las fuentes  
que nacen en tus selvas;  
y mucho más sabrosas  
las uvas y las peras,  
los higos y naranjas  
y las duras almendras  
con que engalana otoño  
tus colinas y vegas.

Orilla de estos mares  
que el litoral de mi destierro besan  
con saltadoras olas,  
cuando la tarde llega  
solitario y callado  
me siento en una peña  
mirando las gaviotas,  
que en torno mío vuelan  
semejando a lo lejos  
de algún barco las velas,  
que del viento empujadas  
a recogerme vengan.

¡Ya tu azulado cielo  
mis ojos no contemplan  
ni el murmullo sereno de tus fuentes  
a mis oídos llega!  
¡Sólo el dulce recuerdo  
de patria me consuela!  
Y en la roca sentado  
contempló como llegan  
las turbulentas olas  
a morir en la arena...  
¡en ellas me figuro  
mis esperanzas muertas!

y esta canción entono  
nublado de tristeza,  
cuando en oriente asoma  
la luna soñolienta:

\* \* \*

*¡Riberas de mi patria!  
¡riberas españolas!  
rodando entre las olas  
escucho vuestra voz;  
y añoro los naranjos  
que pueblan vuestras lomas,  
¡me arrastra sus aromas  
el céfiro veloz!*

Oigo a un lado la brisa  
que gime en las palmeras,  
y rugen las panteras,  
los tigres y el león,  
y se oyen a lo lejos  
los ecos del desierto,  
que en tétrico concierto  
repiten mi canción:

*¡Riberas de mi patria!  
¡riberas españolas!*

*rodando entre las olas  
escucho vuestra voz..!*

*¡Pluguiera a Dios que un día  
hacia mi patria cara  
mis acentos llevara  
el céfiro veloz!*

O ya junto a la orilla  
del mar, oigo las rocas  
agitadas y locas  
las olas azotar,  
y en alas arrastrado  
del huracán bravío,  
allá en el mar sombrío  
se pierde mi cantar:

*¡Riberas de mi patria!  
¡riberas españolas!  
rodando entre las olas  
oid mi triste voz;  
¡que tal vez algún día,  
de mi barquilla cara  
la vela a ti empujara  
el céfiro veloz!*

## ¿VUELVES, BIEN MIO?

Allá del alma en el jardín ameno  
Brotó de una ilusión la flor bendita,  
Que con su cáliz de fragancia lleno  
El alma perfumó, sed infinita  
Despertando en mi pecho de poeta,  
Sed insaciable, sed abrasadora,  
Que enardeció mi frente soñadora  
De ansiedades dejándola repleta:  
Anhelos de soñar, vago delirio,  
Esperanza, inquietud, desasosiego,  
Recio dolor de amor, cruel martirio,  
Fuertes ardores de divino fuego.

Y a tu fuente llegué, mi bien amado,  
A refrescar mi espíritu abrasado,  
Y al juntarse mis labios con tu boca  
Se enardeció mi loca fantasía,  
Y quedó derretida el alma mía  
En un fuego, que casi la sofoca.....

Mas... sopló un viento helado de repente,  
Y se fué amortiguando el fuego ardiente;  
Y bramaron los negros aquilones,  
¡Y aquella flor, que mi ilusión formaba,  
Mi dulce flor de amor, se deshojaba,  
Y lloré mis perdidas ilusiones!

Y al no sonar tus trinos en mi alma  
Me marchité cual abrasada palma  
En la ardiente llanura del desierto;  
Me miré al corazón... ¡y estaba muerto!  
Y a mi cuerpo, viviente sepultura,  
Le inundaron torrentes de amargura  
Y mis ojos hicieronse dos fuentes,  
Se llenaron de lágrimas ardientes,  
Que eclipsaron su luz, ¡ya no veía  
Y aun llegué a preguntarme si vivía,  
Que un alma sin amor es una tumba!  
¡Ay de aquel, cuya flor está marchita  
Y el triste corazón ya no palpita!  
¡Mil veces infeliz el que sucumba  
Al empuje de horrendos aquilones  
Que apaguen sus ardientes ilusiones!  
Ved cual camina solitario y triste,  
Pálido el rostro, la mirada vaga;

A tanta desventura ¡quién resiste  
Siendo mortal del corazón la llaga!...

¿Cuándo se ocultó el sol que no saliera?  
¿Cuándo al rígido, helado y triste invierno  
No sucedió florida primavera,  
Y a las flores las mieses del verano?  
Tras de la noche surgirá la aurora.  
Vino la tempestad, y el árbol tierno  
Doblegó con pujanza asoladora;  
Pasa aquella y se yergue más ufano...  
¿Puede un alma vivir sin esperanza?  
¡Flor de mis ilusiones, que creía  
Marchita para siempre! todavía  
Revives hoy, y con mayor pujanza.

Vuelve a embriagar mi alma soñadora,  
Vuelva yo a oír los amorosos trinos  
Que amenicen el árbol de mi vida;  
Vuelva a sentir la sed abrasadora,  
Renazcan mis ensueños peregrinos,  
Quede de nuevo el alma derretida  
En el fuego sagrado de tu alma,  
Vuelva lozana la perdida calma,  
Vuelva a sentir, hasta saciar mi anhelo,

Aquella ansia mortal de tus amores,  
Y entre la paz de ese futuro cielo  
Los aromas juntar de nuestras flores,  
¡Y en ese ardiente fuego derretidas  
Verlas en una sola confundidas!

## AFANES DIVERSOS

Busque el audaz guerrero, al ruido de cañones,  
La gloria, que en el triunfo sus sienas orlará,  
Y láncese a la lucha buscando unos galones,  
Que, ardiendo en amor patrio, su sangre teñirá.

Láncese a toda vela incauto marinero,  
Lejanos litorales buscando con ardor,  
Sin ver que estalla el trueno y arrecia el Euro fiero,  
Mostrándole la sima del ponto rugidor.

Escuche del político la voz de la oratoria,  
Llevándose las masas con su lengua falaz,  
Buscando las más veces, en vez de vana gloria,  
Los gritos y rechiflas de crítica mordaz.

Y duérmase el avaro entre montones de oro,  
¡De usuras y rapiña son el fruto quizá!  
Y pase noche y día contando su tesoro,  
Mientras el heredero su muerte espera ya.

A . E S C A N C I A N O

---

Que yo buscaré en tanto la paz dulce y sabrosa  
En mi obscuro retiro, contento con amar,  
Contento del cariño de mi adorada esposa,  
Su frente coronando por reina de mi hogar.

## LA MADRE Y EL HIJO

Allá en mis montañas, al pie del arroyo,  
Que baña las casas de mi pueblecico,  
En pobre cabaña vivían felices  
La madre y el hijo.

Un día de otoño de vientos y lluvias  
Llegó el sacerdote... llegó el Crucifijo...  
Y al pie de la cama lloraba la madre,  
¡Allí está su hijo!

Y el dos de noviembre salió de su casa  
Llevando en la mano dos flores y un cirio,  
Y sola y llorando llegó al cementerio,  
¡Allí está su hijo!

Llegó el nuevo otoño con vientos y lluvias,  
Y yo al cementerio mis pasos dirijo,  
Pregunto al fosero: ¿no viene la madre,  
Que tiene ahí el hijo?

Dejando en el suelo el pico y la pala,  
Se cruzó los brazos, me miró y me dijo:  
Esa cruz de leño cobija en la tumba  
¡La madre y el hijo!

## ROMANZA

Era por el mes de abril  
en una fresca mañana,  
cuando el perfume las flores  
y los pájaros su charla  
derraman por el ambiente  
regocijando las almas.

Al pasar por el arroyo,  
que baña su linda casa  
circudada de negrillos,  
chopos, perales y parras,  
la ví por primera vez  
asomada en la ventana,  
más hermosa que la aurora,  
y que la nieve más blanca,  
y más fresca que una flor,  
y más ágil que una garza.

Era por el mes de agosto,  
cuando en las eras la parva  
recompensa al labrador  
de sus penosas jornadas.

Pasé rápido el arroyo  
por entre chopos y parras,  
y acercando a las paredes  
una sigilosa escala,  
cuando asomaba la luna  
vertiendo rayos de plata  
sorprendió nuestro secreto  
charlando por la ventana.

Era por el mes de octubre,  
cuando los vientos descuajan  
los árboles, y sus hojas  
amarillentas arrastran.

Por entre desnudos chopos  
ví que el arroyo cruzaba  
un numeroso gentío:  
llevaban cuatro una caja  
y en la blanca caja un cuerpo,  
¡el cuerpo de mi adorada!  
y... ¡se secaron los chopos,  
y se secaron las parras,  
y se secó el arroyuelo  
y se cerró la ventana,  
y se eclipsó para siempre  
la luz que me iluminaba!

## A UN ÁRBOL

*Vive, crece, prospera,  
árbol de la ribera.*

De ti saldrá la cuna, do envuelta entre pañales  
Reposará tranquila la cándida niñez,  
En tanto que la madre canciones medoevales,  
Dando vueltas al huso, canta una y otra vez.

*Vive, crece, prospera,  
árbol de la ribera.*

Entre sus verdes ramos hará su caro nido  
De musgos y pelusas el mirlo o ruiseñor,  
Llenando con sus trinos el bosque adormecido,  
Las lomas y praderas y el valle en derredor.

*Vive, crece, prospera,  
árbol de la ribera.*

El pobre caminante, rendido de fatiga,  
La senda polvorienta tal vez recorrerá

Bajo un sol ardoroso, y de tu sombra amiga  
Al borde de una fuente, la paz encontrará.

*Vive, crece, prospera,  
árbol de la ribera.*

Hará de tus entrañas el hábil carpintero  
La cincelada mesa, en torno de la cual  
Los versos el poeta, los planes el guerrero  
Harán, contando avaros los ricos su caudal.

*Vive, crece, prospera,  
árbol de la ribera.*

Prospera, árbol frondoso, de tí saldrá el arado,  
Que guiará, entonando canciones, el gañán,  
Mientras, la dura tierra moviendo del cercado,  
Los bueyes perezosos con paso lento van.

*Vive, crece, prospera,  
árbol de la ribera.*

Vive, árbol generoso, que la segur un día  
Con golpes redoblados tu frente abatirá,  
Y de tu recio flanco saldrá la caja mía,  
Do mi mortal despojo descanso encontrará.

*¡Vive, crece, prospera,  
árbol de la ribera!*

## LA LOCOMOTORA

(A los ferroviarios católicos).

### LA LLEGADA

Alzad la vista; ved, en lontananza,  
Por entre los viñedos y olivares,  
Blanco penacho de humo se evapora,  
Que con pujantes resoplidos lanza,  
Al cruzar las pinedas y encinares,  
La gigante y fugaz locomotora...

Ved cómo pasa ahora  
Por el puente genial, cuyos pilares  
Beben las aguas del profundo río...  
Ya vence la colina con presteza...  
Tal un toro bravío,  
Que arrogante levanta la cabeza,  
Y cálidos vapores resoplando,  
El suelo con las astas va escarbando...  
¡Qué rápido atraviesa las montañas..!

¡Ya se pierde en el seno de la tierra,  
 Buscando lo que encierra  
 En sus negras y fértiles entrañas!  
 Dejando atrás palacios y cabañas  
 Rauda baja a la vega...  
 Su estridente silbato,  
 Que parece algún toque de rebato,  
 Nos anuncia que llega...  
 ¡Miradla..! Entró en agujas... ¡Paso ahora,  
 A la rauda y genial locomotora!

EN LA ESTACIÓN

¡Hija del genio, maquina sombría,  
 Que salvando barrancos y fronteras,  
 Superando a las aves más ligeras  
 En tu ronco rodar, veloz resbalas:  
 Flotando van la pena y la alegría  
 Sobre el penacho de tus negras alas!

Si es la frente del genio, que se yergue,  
 Tu negra chimenea,  
 Y heraldos tus faroles luminosos,  
 ¡Triste es también que sea  
 Del dolor el albergue!  
 Pues en tu extenso vuelo

Igual llevas billetes amorosos  
Que páginas de amargo desconsuelo.

Al ver la luz del mundo tu grandeza,  
Las distancias quedaron suprimidas  
Y el progreso y la ciencia se ensancharon,  
Y con extraña y sin igual presteza  
Al punto más recóndito llegaron.

LA MARCHA

Maquinista, que llevas en tus manos  
La civilización recia y pujante,  
Sigue, sigue adelante,  
Ve cruzando las cumbres y los llanos,  
Y si quieres segura  
Esparcir por el mundo la cultura,  
¡No olvides la gentil Guardabarrera, (1)  
Que, cual faro divino,  
Y de la luz mostrándote el camino  
Envuelve entre los pliegues tu bandera!

---

(1) La Inmaculada.



## EL MAESTRO

### - DE ALDEA -

Yo quisiera arrancar hoy a mi lira  
Las notas más sonoras de sus cuerdas,  
De la aurora copiar los arboles,  
Y las flores coger de la pradera,  
Sorprender el arroyo en las cascadas  
Al resbalar sus irisadas perlas  
Jugando con el sol, que las inunda  
Desde el cenit de su triunfal carrera,  
Bañar mi frente en rayos de la luna  
Y mi pluma empapar en las estrellas...  
¡Yo quisiera reunir en estro de oro  
De los mundos la música secreta  
En un sublime canto de armonías...  
Para cantar al héroe de la escuela!

Cante su retirada Jenofonte,  
Cante Homero su Aquiles y Odisea,

Safo su amor, Anacreonte a Baco  
 Y Virgilio las glorias de su Eneas;  
 Dante a Beatriz, Jerusalén el Tasso,  
 Horacio su Falernio y su Mecenas;  
 Garcilaso sus Eglogas entone,  
 Sebastián y Lepanto el divo Herrera,  
 Guadalete Fray Luis de pluma de oro...  
 ¡Que yo cantaré al héroe de la escuela!

Es el maestro institución divina,  
 Luz, que de la ignorancia en las tinieblas  
 Sirve a las almas de seguro faro  
 Por la selva intrincada de la ciencia;  
 Pebétero balsámico, que calma  
 Con sus perfumes del dolor las huellas,  
 Las almas inundando de fragancia  
 A imitación de Aquel que en Galilea  
 Se proclamó Maestro, y a los niños  
 Profesaba cariño y preferencia.

Subid a las montañas escarpadas,  
 Y allá, perdida en olvidada aldea,  
 Se alzaré su silueta majestuosa,  
 Cual se alza en el desierto la palmera,  
 Cobijando al abrigo de su sombra

Los tiernos arbolitos de la escuela,  
Fresco jardín de juveniles almas,  
De donde ha de surgir la patria nueva.

Y después de pasar algunos lustros  
Mártir de su trabajo y su paciencia,  
Ocupado en formar generaciones  
De cuerpo vigoroso y alma recia,  
Tras de vivir sembrando beneficios  
Para coger ingraticudes negras,  
Llega de la vejez el crudo invierno,  
Que lento va nevando su cabeza,  
Recibiendo por premio el triste olvido,  
Cual planta que nació en extraña tierra.

Anciano encanecido, en cuya frente  
Refleja de los héroes la grandeza,  
¡Ante tí reverente me descubro  
Y humilde postro mi rodilla en tierra!  
¡Oh templo del saber, santuario augusto  
De abnegación, de celo y de paciencia!  
La aureola de gloria que te ciñe  
Es de tu galardón segura prenda;  
Me pareces al sol, que entre celajes  
De blancas nubes al ocaso llega

Después de haber iluminado al mundo  
Tras larga y brillantísima carrera...  
Has sido confesor, mártir y apóstol  
¡Gloria inmortal al héroe de la escuela!

## LA MENDIGA

Por el camino de polvo lleno,  
Que la pradera surca en zis-zás,  
Con pobre fardo, que el cuerpo encorva  
Una mendiga se ve marchar.  
Ya despiadado lance sus rayos  
El sol ardiente, canicular;  
Ya zumbe recio del crudo invierno  
Entre los árboles el vendaval;  
Ya se engalane la primavera  
Y de colores vista el rosal;  
Ya como manto de helado soplo  
Cubra los valles niebla otoñal:  
Vereisla errante por el camino,  
¡Pobre mendiga!.. ¡no tiene hogar!..

Nudoso báculo lleva en la mano,  
Que la sostiene al caminar,  
Llega a una casa, llama a la puerta:  
—¡Una limosna por caridad!

—¡Dios la socorra!—responden dentro;  
Y la mendiga vuelve a marchar.  
—Oígame, hermano, que está nevando,  
El viento arrecia, y es tarde ya...  
Déjeme al menos pasar la noche...  
En cualquier sitio... ¡en el portal!  
¡Soy una anciana!.. ¡no tengo a nadie!  
¡Pobre mendiga, no tengo hogar!..

Pasa la noche, llega otro día,  
Y la mendiga vuelve a marchar:  
—Adiós, hermano, Dios se lo pague,  
Que es muy hermosa su caridad.  
Unos harapos cubren sus carnes,  
Tiembla de frío, descalza va.  
En cruda noche del mes de enero.  
Quedó dormida ¡en un corral!..  
Llega la aurora... sigue nevando...  
Y las campanas doblando están...  
Blanco sudario cubre a la anciana,  
Y entre los silbos del huracán  
Cantaba un ángel:— ¡Feliz mendiga!  
¡Allá en el cielo tiene su hogar!

## POBREZA

(A las damas del ropero escolar.

Para recitar un niño).

Venid conmigo un momento  
a una ciudad de Judea.

¡Mirad! Allá en una gruta  
envuelta en densas tinieblas,  
en pobre montón de pajas  
un párvulo se recuesta;  
cerca de El dos animales,  
que de su aliento le prestan  
el débil calor; sobre El  
reclinada una Doncella  
más hermosa que una aurora  
y más grande que una reina.

Es el rigor del invierno.  
Los campos y las aldeas

están cubiertas de nieve,  
y por las profundas grietas  
del portalón derruido  
un viento helado penetra.

De frío está tiritando,  
bañan sus ojos dos perlas,  
que se cuajan al rodar  
por sus mejillas de seda.

—¡Niño bajado del cielo,  
cuánto el amarnos te cuesta!  
¿Porqué has dejado las nubes,  
que en tu trono te rodean  
en el cielo? ¿a qué has venido?  
¿qué buscas en esta tierra?  
Y, ya que has venido a vernos,  
tu majestad y realeza  
no ocultes; busca un palacio  
o alcázar, que digno sea  
de dar albergue cumplido  
a un Rey de tanta grandeza.

Así le hablaba yo al niño,  
ante El prosternado en tierra.  
Mirándome dulcemente,

con el dedo de su diestra  
escribió en el corazón  
esta sublime respuesta:

— Vete y anuncia a los hombres  
que vine a enseñar la senda  
del cielo, que hay una sola,  
y esta sola es... ¡la Pobreza!  
Dí que he querido ser pobre,  
que yo abracé la indigencia,  
que es senda de sacrificio,  
dolor, lágrimas y penas;  
dile al pobre que se enjugue  
sus lágrimas, que la tierra  
es vía de caminantes  
que van de paso, y no teman;  
que yo suscitaré almas  
caritativas y tiernas,  
que sus lágrimas recojan  
y socorran su indigencia;  
que soy niño, y a los niños  
profeso amistad sincera.

Así me dijo aquel Niño;  
y hoy veo que sus promesas

se cumplen como predijo,  
todas al pie de la letra.

Nobles damas castellanas,  
las más nobles que recuerda  
toda la historia del mundo:  
que exclusiva es de esta tierra  
la nobleza y la hidalguía  
cristiana, franca y sincera;  
permitid que en pobres frases  
exprese mi torpe lengua  
la gratitud que nos baña  
y el placer que nos anega.

Bien se ve que descendéis  
de Isabeles y Teresas,  
gloria de las castellanas,  
y de nuestra raza entera;  
que desde vuestros palacios  
bajáis a la triste esfera  
donde luchamos los pobres  
contra el hambre y la miseria,  
trayéndonos pan y ropas  
y palabras que consuelan.

Si de nuestra gratitud  
quereis tener una muestra,  
os damos el corazón  
nuestra más preciosa prenda.  
¡Unico bien que tenemos,  
pobres niñas de la escuela!



## SALVE, MATER

Yo me proclamo pregón  
de Castilla y de León.

¡Salve, invencible León!  
¡Salve, Castilla la Vieja,  
escuela del heroísmo  
y solar de la grandeza!

Hoy quiero entonarte un himno,  
¡bendita y gloriosa tierra!  
mas me siento anonadado  
y se me traba la lengua.  
Quisiera que me inflamara  
el fuego de los poetas,  
quisiera ser un Homero  
y que templara las cuerdas  
de mi lira el entusiasmo,  
que fueran como saetas  
mis palabras, que volasen,  
portavoz de tus grandezas,

por tus extensas llanuras,  
 por tus escarpadas sierras,  
 desde Logroño a Zamora,  
 desde Avila a las arenas  
 que el Cántabro proceloso  
 con rugientes olas besa;  
 que sacudiera las almas,  
 que despertara mi tierra  
 a quien tiene en vil letargo  
 el peso de sus grandezas.

¡Castilla, heroica Castilla!  
 Tú, que fuiste en la edad media  
 la maestra de los reyes  
 y el asombro de la tierra  
 ¿por qué callada dormitas  
 embozada entre las nieblas  
 del crudo invierno..? ¡levanta  
 tu augusta frente! ¡despierta  
 de ese profundo letargo,  
 que te aniquila! ¡no temas!  
 Dicen que estás ya cansada,  
 dicen que estás ya muy vieja:  
 ¡no hagas caso de follones,  
 que denigrarte quisieran!

Que también en el invierno  
cubre la nieve las sierras,  
los árboles se despojan  
de sus galas, y la selva  
queda desnuda, y los campos  
están tristes, las praderas  
no se engalanan de flores,  
la llanura está desierta  
y arrebujada entre brumas,  
y la soledad, que reina  
por los contornos, un tinte  
pone de inmensa tristeza.

¡Aguarda, no te impacientes!  
ya vendrá la primavera,  
que con su mágica vara  
hará brotar las violetas,  
reverdecerán los campos,  
se adornarán las praderas,  
se derretirán las nieves,  
se vestirán las florestas,  
se ataviará la llanura  
más pomposa que una reina,  
y en un nuevo paraíso  
se convertirá la tierra...

¿Quién te ha llamado infecunda?  
 ¿quién te ha tildado de vieja?  
 ¡aun hay fuego en tus entrañas!  
 ¡aun corre sangre en tus venas!  
 ¡aun te sientes vigorosa  
 y está tu frente tan bella  
 como en tus felices días  
 de las edades aquellas  
 en que produjiste al mundo  
 más guerreros y poetas  
 que luceros tiene el cielo  
 y que el mar tiene de arenas!

¡Castilla, hermosa Castilla!  
 voz, que a mis oídos suena  
 como arrullo de paloma,  
 como murmullo de selva,  
 como rumor de fontana,  
 como dulce cantilena:  
 ¡surge ya de tu letargo!  
 ¡saca fuerzas de flaqueza,  
 y verá de nuevo el mundo  
 que eres siempre la que eras,  
 y que aun puedes dar a luz  
 santos, sabios y poetas!

que es que estabas descansando,  
pero que no estabas muerta,  
que vas a surgir de nuevo  
más hermosa, más excelsa...  
¡hasta que llene tu nombre  
la redondez de la tierra!



## EL REMOLINO

Incauto marinero  
que de contino  
vas surcando las ondas  
del ancho mar;  
¡no te acerques al borde  
del remolino,  
vuelve atrás, que algún día  
te va a tragar!

\* \* \*

Esta era Laura; alegre  
como un jilguero,  
el tipo más perfecto  
de la mujer,  
la perla más hermosa  
del Sardinero,  
la flor más delicada  
de Santander.

El pescador Juanillo  
le dijo un día  
con ardientes palabras  
de puro amor:  
—Linda flor, que sembrando  
vas la alegría,  
oye el rudo lenguaje  
de un pescador:

No vayas por las calles  
con las sardinas,  
Laura, más halagüeña  
que la ilusión,  
que te punzas las manos  
con las espinas  
¡y han clavado tus ojos  
mi corazón!

Vente a la mar conmigo,  
linda chiquilla,  
que necesito ayuda  
para pescar,  
y serás el encanto  
de mi barquilla,  
cuando el viento la empuje

por alta mar.

En las noches serenas  
cuando la luna  
bañe el lejano oriente  
de resplandor,  
en las ondas tranquilas  
de esa laguna  
se mecerá la barca  
de nuestro amor.

No temas el empuje  
de la tormenta,  
ni los recios embates  
del aquilón,  
ni las crispadas olas,  
¿que te amedrenta,  
si te lleva guardada  
mi corazón?—

Otras mil cosas bellas  
dijo el barquero  
y Laura sus palabras  
llegó a creer;  
y llegó a ser la perla  
del Sardinero

la envidia de las mozas  
de Santander.

\* \* \*

Azotaba las rocas  
el oleaje,  
el cielo está cubierto,  
furioso el mar.  
Juntos van los amantes,  
pero el coraje  
de Juan vence las olas  
con su remar.

¡Ya centellea el rayo!  
¡ya rueda el trueno!  
¡una sima profunda  
se abre a sus pies!  
y Juanillo el barquero,  
siempre sereno,  
impide que su barca  
dé de través.

—¡Vuelve, Juan, que te espera  
negro destino!—  
en el fondo del alma  
dijo una voz.

¡Ya es tarde!... ¡desgraciados!...  
¡un remolino  
amantes y barquilla  
tragó veloz!

Se crisparon las olas,  
olas gigantes,  
como nunca se vieron  
en alta mar.  
Y... ¡dicen que las sombras  
de los amantes  
visitan por las noches  
aquel lugar!



## EL OTOÑO

¡Qué triste es el otoño  
con sus lluvias y vientos!  
Perdióse entre las nubes  
el claro azul del cielo  
y un manto de tristeza  
envuelve el universo.

La fugaz golondrina,  
el pintado jilguero,  
la tórtola, la alondra,  
los tordos, los vencejos  
cesaron en sus trinos,  
dejaron sus conciertos;  
no se oyen en la loma  
los cantos del boyero  
ni en la verde campiña  
retozan los becerros.

Perdió el color el campo,  
las flores se murieron,  
do quier vuelvo la vista

todo es triste desierto.  
Las viñas, los negrillos,  
los robles del otero  
han perdido las galas  
que un tiempo los vistieron  
y aparecen desnudos  
cual negros esqueletos.  
¡La tierra es el trasunto  
de un vasto cementerio!  
¡Qué triste es el otoño  
con sus lluvias y vientos!  
¡nada alegra la vida!  
¡todo parece muerto!...  
¡Pues tal es el estado  
del alma del ateo,  
que de paso en el mundo,  
no ve la luz del cielo!

## FLOR DE AMOR

Me gusta la primavera,  
porque cuando abril asoma  
reviste el prado y la loma,  
el otero y la pradera  
de flores mil, que su aroma  
esparcen por el ambiente,  
es más luminoso el día,  
corre más clara la fuente  
y de cantos y armonía  
llena la selva sombría  
de aves la parlera gente,  
¡hay un sol resplandeciente,  
luz, aroma y armonía!  
Y se llena de placer  
el corazón al mirar  
tanta belleza sin par,  
al ver las flores nacer  
al oír tanto cantar...

Mas tanta flor en el prado,

tanto aroma, tanta fuente,  
tanta luz en el ambiente,  
tanto vistoso collado,  
tanto placer que se siente  
dejan no sé qué sabor  
de nostalgia, de amargor,  
dejan un triste vacío  
¡por qué el ardoroso estío  
lo agosta con su calor!  
Y es que las flores vistosas  
que engalanan la colina,  
tantas violetas y rosas,  
tantas cosas primorosas  
tienen la muerte vecina.  
Es que la flor de la loma,  
que la vista recreó,  
entre zarzales nació,  
y al esparcirse su aroma  
marchita al suelo cayó.

Por eso no quiero dar  
a mi cariño una flor,  
que se puede deshojar,  
de las que suelen brotar  
de abril al dulce calor.

Yo una flor vengo a ofrecerte,

F L O R D E E S P I N O

flor que nunca se marchita,  
que brota solo con verte,  
flor de amor de un alma fuerte,  
que sólo por ti palpita.

Flor que no deja vacío,  
flor, que no agosta el estío,  
flor siempre fresca y lozana,  
¡esta flor dulce y galana  
es la que ofrecerte ansió!



## IMPOSICIONES

Conozco un libro francés,  
el *Emile* de Rousseau,  
gran escritor ginebrés,  
que en Pedagogía es  
una autoridad; más yo,  
al ver su filosofía,  
estoy por volverme loco,  
y hasta he dado en la manía  
de sí en broma lo diría  
o yo en esto entiendo poco.  
Áfirma el libro en cuestión  
*«que hay que dejar, a la edad  
en que el niño da el Catón,  
en perfecta libertad  
en cuestión de religión»*,  
y me ha chocado en verdad;  
según esta autoridad  
*«eso es una imposición.*  
*El niño la elegirá*

*cuando sepa discernir».*

Yo me pongo a discurrir,  
y, o no lo entiendo quizá,  
o tengo que deducir  
lo que aquí seguido va.

—Que no opino como él,  
pues me dicta mi razón  
que es también *imposición*  
que en vez de darme un pastel,  
chupe por el biberón,  
o que me llamen Manuel  
queriendo ser Pantaleón.  
Porque, según la opinión  
del gran escritor suizo  
¿acaso me consultaron  
el día de mi bautizo?  
¿por qué Manuel me llamaron?  
¡bien se *impuso* quien lo hizo!  
pero a mí me reventaron,  
¡porque no me satisfizo!  
¡Juan! si tu filosofía  
no me aporta más razones,  
te convencerás que hoy día  
todo son *imposiciones*;  
¡proclamo la rebeldía!

¿Por qué por tal o cual ciencia  
 he de empezar a estudiar?  
 ¿es coartar mi conciencia!  
 ya me dirá la experiencia  
 por dónde debo empezar;  
 y, si no empiezo ¡paciencia!  
 ¡nadie me puede obligar!

Como tampoco es humano,  
 porque lo hable mi vecino,  
 tener que estar de continuo  
 escuchando castellano,  
 ¿Y si a mi me gusta el chino?...  
 ¿si quiero ser africano?...

Porque, puesto a razonar,  
 mi hermana puede llevar  
 en la cabeza la falda,  
 en las piernas el collar  
 y la pechera a la espalda;  
 y por la misma razón  
 es también *imposición*  
 que en vez de ropa talar,  
 o lo que quiera gastar,  
 lleve un hombre pantalón;  
 y eso que es frecuente ver  
 y ya casi está de moda

¡se los ponga la mujer  
la noche misma de boda!

En mi opinión de poeta  
(y no me faltan razones,  
pues no tengo una peseta)  
esta es la cuestión concreta:  
¡solo admito *imposiciones*,  
que me aumenten la libreta!

## TARDE DE ALDEA

El sol se ha escondido  
detrás de aquel cerro  
y unas nubecillas  
flotan en el cielo.

Es tarde de calma,  
tarde de silencio,  
una plácida tarde de otoño;  
un dulce misterio  
envuelve la aldea;  
salen de los techos  
hilitos de humo,  
y se oye a lo lejos  
sonar las esquílas,  
balar los corderos  
y el dulce murmullo,  
del claro arroyuelo  
que a la alegre aldea  
le sirve de espejo.

Ya a brillar empiezan

algunos luceros,  
 y el toque del Angelus  
 dice a los labriegos:  
 ¡trabaja en la tierra  
 y piensa en el cielo!

Un silbido resuena en los aires,  
 vigoroso, recio,  
 y los corderillos  
 cogen el sendero,  
 que en suave pendiente  
 desciende hasta el pueblo.  
 Los chiquillos salen,  
 que como diablejos  
 los hacen saltar asustados,  
 poniéndose en medio.

Pero de repente  
 la voz de un abuelo  
 que lleva en los brazos  
 al último nieto,  
 deja a los rapaces  
 temblando de miedo.  
 — ¡Oye, tú, Francisco!  
 ¿Ha venido el negro  
 de la oveja *rucia*?  
 — No le he visto, *agüelo*.

—Búscale en seguida;  
vete a ver al corral del *tío* Pedro,  
y dile a tu madre  
que traiga el puchero  
de ordeñar las cabras.

¿El grande?—El pequeño...  
Y llega la noche,  
y aumenta el silencio,  
sólo interrumpido  
si ladra algún perro.

Allá en la cocina  
arden gruesos leños  
de roble, y en torno  
hierven los pucheros.  
—¿Todos han venido?  
Pregunta el abuelo.  
—Todos. Y a su lado  
se sientan los nietos:  
Luis en sus rodillas,  
que es el más pequeño,  
Pepe en la banqueta,  
Froilán en el suelo,  
Paco en el escaño,  
formalito y serio;  
y mientras la madre

A . E S C A N C I A N O

con celoso esmero  
arregla las sopas  
y frie el pimiento,  
se reza el rosario  
con profundo y devoto respeto.  
¡Oh santas costumbres  
de nuestros abuelos!  
Y luego se cena,  
dan gracias al cielo,  
se charla un poquito,  
se cuenta algún cuento,  
y se van con el alma tranquila  
a buscar el lecho.

## EPÍSTOLA A JUAN PUEBLO,

:--: EL HIJO PREDILECTO DE CASTILLA :--:

Tienes, Juan Pueblo, un alma ardiente y noble  
Mezcla eres de hijodalgo y de pechero  
Y de una fe robusta como un roble.

Hoy esta carta dirigirte quiero,  
Juan de mis entretelas, y confío  
La habrás de saborear como yo espero.

Permite que te llame hermano mío,  
Pues nos da de comer el mismo grano  
Y nos da de beber el mismo río;

Que hay en mi voz acento castellano,  
Y no hay de las grandezas de mi tierra  
Ninguno que se sienta más ufano.

Aunque nací en la falda de una sierra,  
Desde allí contemplaba la llanura  
Con todas las grandezas que ella encierra,

Y prendado quedé de su hermosura,  
Pues en mi despertó un amor inmenso,  
Amor casi rayano en la locura.

Y no es que yo pretenda darte incienso,  
¿O has olvidado ya tu ejecutoria?  
¡Me veo al recordártela suspenso!

Ni te creo tan falto de memoria  
Que teniendo corona en tu cabeza,  
No tengas ni aun recuerdo de tu historia.

¿De dónde has heredado la realeza?  
¿Quién coronó tu frente soberana,  
Si no es que asombró al mundo tu grandeza?

Dí ¿quién barrió la raza musulmana,  
Cual violento huracán un remolino  
De polvo? ¡Tu pujanza castellana,

Que sembró de laureles el caminol  
Eres hijo de raza de titanes  
¡Y cubrirte de gloria es tu destino!

De tí salieron Cides y Guzmanes,

Cuya sangre circula por tus venas;  
Juan Pueblo ¡rinde honores a sus manes!

Tú, que nunca supiste de cadenas,  
Tú, que naciste libre, y tu terruño  
Vas cultivando con dolor y penas

Apoyando en la esteva el recio puño  
Que supo un día manejar la lanza,  
¡Del trabajo no temas el rasguño!

Abre tu corazón a la esperanza,  
No dejes de mirar siempre adelante,  
Que el mayor de los males es la holganza.

Hay quien te llama atávico, ignorante,  
Hay quien no reconoce tus virtudes,  
Hay quien cátedra puso de pedante

Y quiere amartelarte, no lo dudes,  
Y erguirte en escabel para sus fines,  
Juan; que, si tu letargo no sacudes,

No faltarán un día mandrines,  
Que vengan revestidos de corderos.  
¿No los oyes aullar en tus confines?

No escuches pajarracos agoreros,  
Escarba de tu hogar en las cenizas,  
Rescoldo, do templaron tus guerreros

Su espíritu indomable, que hizo trizas  
A quien quiso despótico y tirano  
Ponerte un yugo.—¿Qué me profetizas?

Preguntarás.—No soy profeta, hermano.  
Mas puedo asegurarte con franqueza  
Que si no olvidas que eres soberano,

Y que brilla en tu frente la realeza,  
Que en virtud y valor eres fecundo,  
¡Coronarás de nuevo tu cabeza,  
Volviendo a ser la admiración del mundo!

## ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo. . . . .	5
A mi libro. . . . .	9
Flor de espino.. . . .	13
Aspiraciones. . . . .	15
Mi musa.. . . .	17
Yo quisiera tener una niña. . . . .	21
El niño. . . . .	29
La campana.. . . .	35
Basilio. . . . .	37
La tierra.. . . .	51
Maruja. . . . .	55
A una ola. . . . .	57
Tabla de salvación. . . . .	61
Quejas de la lira.. . . .	65
Azucena. . . . .	69
Canción de destierro. . . . .	73
¿Vuelves, bien mio?. . . . .	77
Afanes diversos. . . . .	81

	<u>Págs.</u>
La madre y el hijo. . . . .	83
Romanza.. . . .	85
A un árbol. . . . .	87
La locomotora.. . . .	89
Al maestro de aldea. . . . .	93
La mendiga.. . . .	97
Pobreza.. . . .	99
Salve, Mater! . . . . .	105
El remolino.. . . .	111
El otoño.. . . .	117
Flor de amor. . . . .	119
Imposiciones. . . . .	123
Tarde de aldea. . . . .	127
Epístola a Juan Pueblo. . . . .	131



En preparación

ROSAS Y CRISANTEMOS





---

A. E.

---



---

FLORES  
DE  
ESPIÑO

---



9  
8  
5  
3  
4  
G